

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

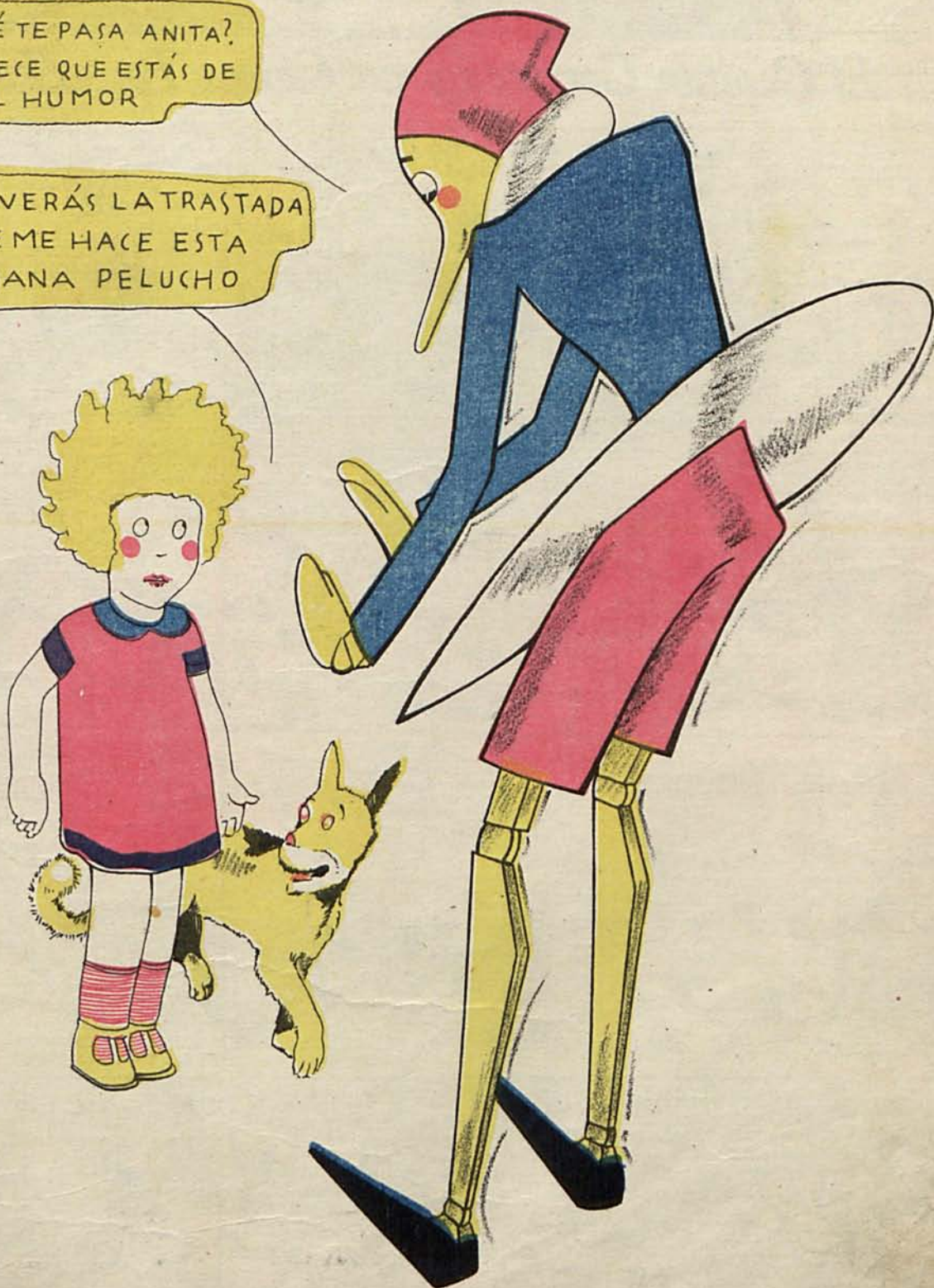
AÑO II  
NUM 38

40 Cents.

28 MARZO  
1926

¿QUÉ TE PASA ANITA?  
PARECE QUE ESTÁS DE  
MAL HUMOR

YA VERÁS LATRASTADA  
QUE ME HACE ESTA  
SEMANA PELUCHO



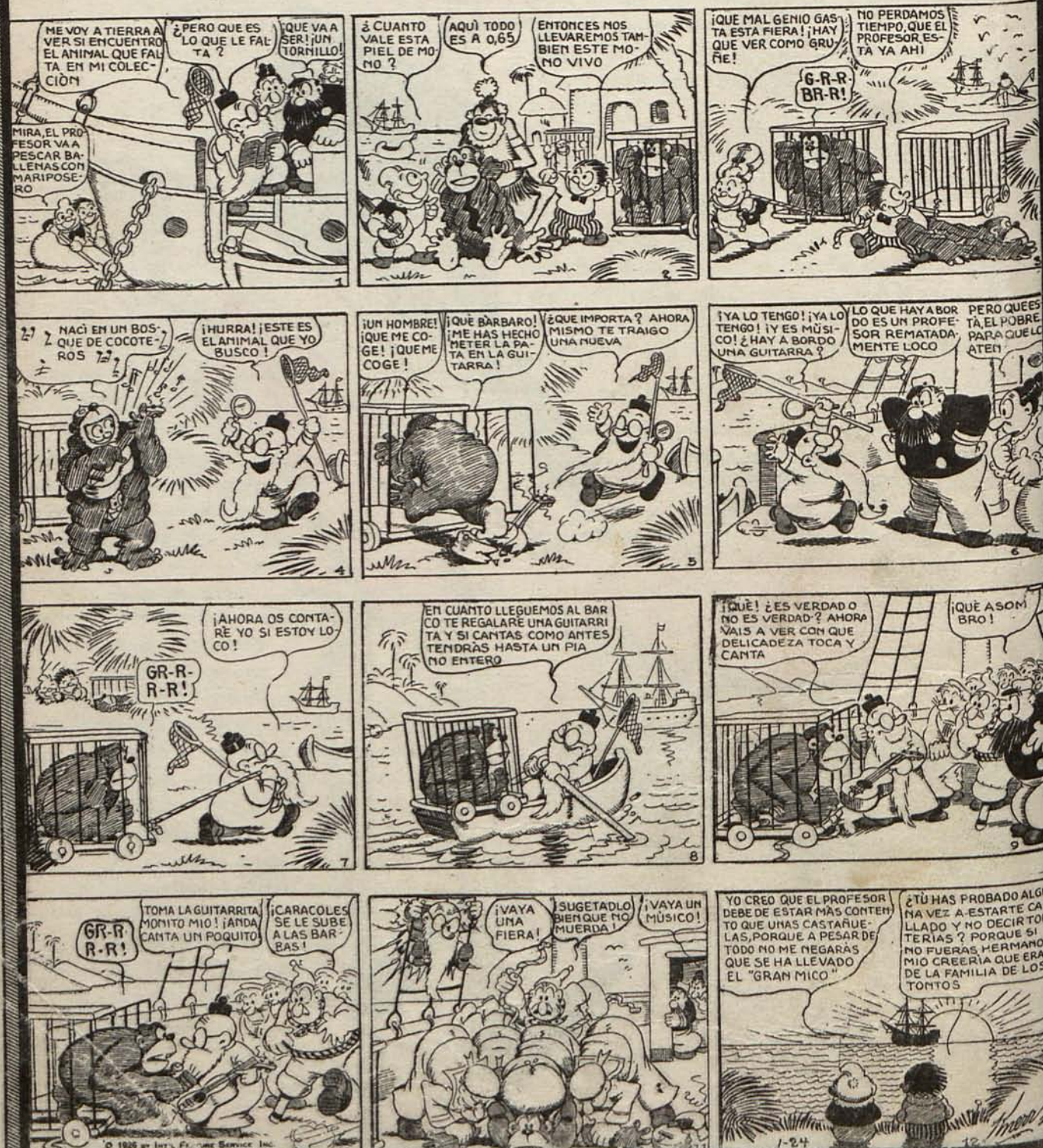


# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRIPCIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS. OTROS PAÍSES, AÑO 30 PESETAS.



## El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton







# PINOCHO Y LOS DEPORTES



## En Cáceres.

Nota de un partido.

El «Recreativo Pinocho», formidable equipo de Cáceres, venció por 5 a 0 al no menos formidable equipo «Arco Iris».

El portero se distinguió, no pudiéndose lucir del todo por falta de «chut».

La línea de medios y delanteros estuvo bien, sobresaliendo el medio y el delantero centros.

Se alineó de la siguiente forma:

Gutiérrez; Vidal, Llorente; Andrada, J. Alonso, A. Guardiola; A. Llorente, Acedo Guardiola y Floriano Alonso.

FLORIANO.

## Triunfos en Buenos Aires.

«Pinocho», 2; «Estudiantil Pinocho», 1.

Este partido resultó sumamente interesante, dado que se encontraron dos «teams» entusiastas, fuertes y parejos.

A la orden del árbitro, Sr. Dacunti, los «teams» se alistaron de la siguiente forma.

«Pinocho»: J. Amadey; Seseiro y Labate; F. Bono, Scaraville y Bellini; Villamarín, F. Bono, Herráiz, J. Baciati y Giachino.

«Estudiantil Pinocho»: Santamarina; Gómez y Ferrari; Antonio Tenaglia, Alberto Tenaglia y Juan Ferrari; Motta, Gómez, Storta, Soto y Maudes.

Comenzó el juego siendo las diez y quince. Salen los «Estudiantiles», quienes se adueñan de la situación por varios minutos para que el juego se equilibre.

A los tres minutos, Amadey realizó una buena jugada al detener un fuerte «shot» de Storta, hecho desde muy cerca.

A los cuatro minutos, Labate cede «córner», que pateado por Alberto Tenaglia salió afuera.

«Estudiantil Pinocho» a los once minutos de juego obtuvo su único «goal» en la siguiente forma:

Maudes obtiene la pelota, y en un buen momento logra cortarse, para luego desde corta distancia patear al arco.

Amadey, a pesar de todo, mediante una brillante estirada, logra rechazarla; pero Storta, que venía en plena carrera, con un fuerte tiro

alto, marcó el primer «goal». Después de este tanto, los «Pinocho» redoblaron sus energías para igualar posiciones. El juego siguió desarrollándose entusiastamente, hasta que a los veintisiete minutos Villamarín emprende una rápida corrida por su «wing» para hacer luego un buen centro.

Gómez, en su intento de rechazarla, cometió «faus» fuera del área penal; la pena fué ejecutada por Scaraville, quien mediante un «shot» potentísimo y esquinado, quitó toda «chance» a Santamarina.

En lo que restó de este periodo, se notaron varios fuertes tiros al arco, que tanto Amadey como Santamarina, anularon, terminando, por consiguiente, este periodo con un empate.

Apenas puesta en movimiento la pelota, en el segundo tiempo se notó el gran empeño puesto por todos los jugadores en inclinar la victoria para sus equipos. Ambos arqueros fueron repetidamente empleados, pero respondieron los dos en gran forma. A los veinticinco minutos de este tiempo, «Pinocho» consiguió el «goal» que le valió la victoria en la siguiente forma:

Herráiz recibe un pase de Scaraville, y luego de correrse brevemente se la cede a Giachino, quien luego de esquivar a Ferrari, con un fuerte tiro bajo, bate por completo a Santamarina. Luego de este «goal», los «Estudiantiles» hicieron varios cambios en el «team» y comenzaron a dominar, pero desordenadamente. Sin embargo, el «score» no fué modificado. Los arqueros, Angel Amadey y Raúl Santamarina, tuvieron en este partido una actuación descolante, y los «goales», por los cuales fueron batidos, fueron inatajables.—M. B.



El equipo del «Athlétic Club».

(Foto. ALVARO.)



## ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, por qué crecen los árboles hacia arriba.

—No está mal tu pregunta. Pero debes saber primeramente que todo el árbol no crece hacia arriba. Si así sucediese, les costaría bastante trabajo sostenerse en el suelo. El árbol, por consiguiente, crece hacia arriba y hacia abajo, si bien su mayor crecimiento lo hace sobre el suelo.

—A eso me refería yo en mi pregunta.

—En la semilla hay ya células de dos clases bien distintas. Unas que crecen y se desarrollan bajo tierra, formando luego la raíz, y otras que se desarrollan y crecen saliendo de tierra, para constituir la planta, el arbusto o el árbol propiamente dichos.

—¿Y si quisiéramos burlar la semilla colocando hacia abajo lo que debe crecer hacia arriba?

—Saldríamos burlados.

—¿Cómo?

—Si tratásemos de jugarle a la semilla semejante broma, procurando colocar lo de abajo arriba, veríamos cómo los elementos se curvaban al germinar, desarrollándose la planta normalmente, como si no hubiéramos intervenido maliciosamente en la colocación de la semilla.

—Está bien.

—El árbol —y lo mismo casi todas las plantas— está formado de dos partes absolutamente distintas: una que se desarrolla en el aire, a la luz, y otra que vive bajo tierra, en la oscuridad. Ninguna

de estas partes pueden vivir aisladas. Si una de ellas se daña, la opuesta concluye también por enfermar. Por eso es peligroso para los árboles la poda, si ésta no se efectúa convenientemente y con prudencia. También, por el mismo motivo, es peligroso que las raíces reciban daño, pues de ello se resentirá el árbol o la planta que sea.

—Además, los árboles crecerán hacia arriba para que nosotros podamos aprovechar sus frutos.

—No por eso precisamente, querido Chonón. Hay plantas de las cuales no aprovechamos sino lo que permanece de ellas bajo tierra.

—No lo sabía.

—Ahí tienes las patatas, los rábanos, las remolachas, las batatas.

—¿Y son raíces?

—El rábano sí lo es. Pero las patatas, las batatas son tubérculos, si bien, como si fueran raíces, se desarrollan bajo tierra.

—También me han hablado de que existen plantas acuáticas.

—Y no te han mentado. Cuando vayas a Sevilla, verás en el Parque de María Luisa, en unos estanques deliciosos que hay allí, maravillosos ejemplares de esas plantas.

—¿Y cómo pueden vivir en el agua, querido buho?

—Maravillosamente bien y tranquilas.

—¿Y no se corrompen?

—Todo lo contrario. Pero otro día, con más tiempo que hoy, te hablaré de esos maravillosos vegetales.

—Pues lo dejaremos para otro día, amigo buho.



# LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

—¡Qué obra más maravillosa! —exclamaba de vez en cuando el doctor, sin cesar por eso de remar—. ¡Y pensar que ninguno de nuestros grandes ingenieros modernos haya pensado jamás en las grandísimas ventajas que reportaría para Italia un canal de esta índole!

—¡Es verdad! —decía Vicente—. Pero hay algo que me sorprende.

—¿Qué?

—¿Por qué prefirió el capitán Gottardi hacer subterráneo el canal en vez de abrirlo al aire libre? Me parece que la empresa hubiera sido más sencilla.

—Quizá te engañes, Vicente.

—¿Por qué?

—Porque, ante todo, lo que el capitán Gottardi pretendía era sorprender a la reina del Adriático, lo que no habría podido hacer abriendo el canal a la vista de todo el mundo.

—Eso es cierto, en efecto.

—Además, ¿crees que no hubiera encontrado grandes obstáculos? ¿Cuántos hombres y cuantísimo dinero hubiera costado cortar los Apeninos? Desde Spezia a Sassuolo el terreno es casi todo montuoso.

—Convengo en ello, doctor.

—Además, un canal subterráneo tiene la grandísima ventaja de no poder ser destruido, sopena de afrontar grandes dificultades.

—¿En tanto que si lo hubieran cavado sobre el suelo, con pocos torpedos hubieran cerrado pronto el paso de las naves?

—Precisamente, amigo mío. El enemigo que lograra coger en su poder un punto cualquiera del canal, tendría en sus manos toda la navegación por él, y podría inutilizarlo con solo colocar unas cuantas minas.

—¡Ah, doctor! Nos hemos olvidado de una cosa —dijo Miguel—, que había estado escuchando atentamente su conversación.

—¿De qué?

—Del nombre que hemos de darle a este canal, que aún no lo tiene.

—¡Caramba, pues tienes razón, Miguel! —dijo Vicente—. ¡Hay que bautizarle!

Le daremos un nombre que recuerde alguna victoria naval de la escuadra genovesa —dijo el doctor.

—¿Cuál?

—Este: canal de la *Meloria*.

—¡Vaya por la *Meloria*! —dijeron los tres pescadores.

—¿Cuándo va a ser el bautismo?

—En la primera parada, Vicente —dijo el doctor riendo, adivinando cuál era el pensamiento del patrón—. Aún nos quedan dos botellas de Volpolicella añejo y una buena ración de cecina de Verona.

De pronto se le vió inclinarse rápidamente en la proa, coger la antorcha y sumergirla en el agua, haciéndose en torno de ellos la oscuridad más profunda.

—¡Apaga el tabaco de tu pipa! —gritó a Roberto—. ¡Pronto! ¡Métela en el agua!

—¿Qué sucede, doctor? —preguntaron los pescadores.

—¡El grisú!

—¡El grisú! ¿Cómo es eso? —dijo Vicente.

—¿No habéis observado que la llama de la antorcha se ensanchaba y adquiría un tono azulado?

—Sí.

—Pues eso indicaba la presencia de ese gas inflamable. Si nos

hubiésemos retrasado un instante más, hubiésemos producido un horrible incendio que hubiera hecho volar la galería.

—¡Por un millón de merluzas!

En aquel instante se oyó a lo lejos una tremenda detonación, y después, bajo las tenebrosas bóvedas, se vió aparecer un huracán de fuego que pronto desapareció en la dirección del mar Tirreno.

—¡Mil rayos! ¿Que ha sucedido? —dijo Vicente palideciendo.

—Ha estallado el grisú —contestó el doctor.

—¿Quién lo habrá inflamado?

—Seguramente esos hombres que nos preceden.

—¿Habrán muerto?

—Es probable.

—Corramos allá, doctor.

—Un momento: dadme una linterna de seguridad. Siento que nos rodea el gas. ¡Que nadie encienda una cerilla o estamos pordidos!

## CAPITULO XIV

### LA VÍCTIMA DEL GRISÚ

La lámpara de seguridad, inventada por el célebre químico inglés Davy hará unos ochenta años, permite desafiar impunemente el gas inflamable llamado *grisú* o *mofeta*, que se encuentra muchas veces esparcido por el interior de las minas de hulla.

Tiene las apariencias de una lámpara corriente, pero su llama está protegida por una espesa redecilla metálica, la cual impide que el fuego de la lámpara se propague al exterior inflamando el gas que le rodea; y todo por una ley física muy fácil de explicar.

El grisú, penetrando al través de la redecilla, se enciende de pronto, aunque sin provocar explosión por ser una cantidad mínima; pero el metal, que es un buen conductor del calor, absorbiendo inmediatamente el calor impide que éste se comunique al exterior.

Antes de ser inventada esta lámpara, ocurrían terribles explosiones de grisú en las minas de carbón, sepultando a veces a centenares de operarios; pero hoy ya se ha evitado este peligro. Y si bien por desgracia aún en nuestros días hay que deplorar alguna de estas catástrofes, débese más bien a la imprudencia de los mineros, que osan

encender sus pipas a pesar del inmenso peligro y de las severísimas órdenes de los ingenieros.

Encendida la lámpara con especiales operaciones, el doctor y sus compañeros miraron si las bóvedas habían sufrido algún desperfecto con la explosión; pero vieron que no habían cedido por ningún sitio. Únicamente en las paredes de la parte sur se habían abierto algunas grietas, pero de escasa importancia para la construcción.

—Ha sido una verdadera suerte que las llamas se hayan dirigido hacia el oeste —dijo el doctor—. Si se hubiesen precipitado hacia nosotros, seguramente nos hubieran abrasado y quizá muerto.

—¿Habrán alguna mina de hulla por estos contornos? —dijo Vicente.

—Seguramente —respondió el doctor—. El grisú procede del carbón, ordinariamente, aunque no falta en las salinas y en los pozos de petróleo.

—¿Habrán sido los que nos preceden quienes le han prendido fuego?

—Por sí sólo no se enciende nunca.

(Continuará en el número próximo.)







# EL CALIFA LADRON

## CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

La vieja extendió la estera, colocó el mantel, diciendo para sus adentros: «¡Es un verdadero demonio! No tiene miedo de trescientos hombres, cuando yo lo tendría de una pulga. A pesar de todo lo mal que se habla del oficio, comprendo que una mujer podía enamorarse de un ladrón. Son listos como gamuzas y bravos como leones.»

Preparados los manjares, el Califa se sentó al lado de su esposa y enfrente de Omajair; y Harún Arraxid comía con el mejor apetito. Los gritos del temible Chamama: «¡Abre, bruja endemoniada!», se oían cada vez más atronadores. Y el Califa comenzó también a gritar a los de fuera. La pobre vieja, al ver el cariz que tomaba el asunto, decía, llorando de rabia:

—¿Acabarás de una vez, perro, ladrón, verdugo? ¿Nos dejarás por fin? ¡Sálvate, huyendo por la ventana; la casa se viene abajo! ¿Quieres tú atizar el fuego con tus gritos? ¡Por mi parte estoy ya más muerta que viva!

—No, yo no saldré de aquí —contestó el Califa—; pero como la música va resultando algo pesada, va a ser preciso despedir a la orquesta. Toma este anillo; habla por el ojo de la llave con los que llaman y diles: «El esposo de mi hija está aquí y me ha encargado que ponga en las manos del jefe en persona este anillo, para que vea lo que tiene que hacer.»

—¿Y crees tú que tu sortija les va a trastornar el juicio? Si el Cadi de marras estaba en connivencia contigo, todos éstos seguramente no lo están; pero si tú llevas a cabo la obra extraordinaria de encantarlos, como has hecho con tantos otros, al momento me pongo un doble cinturón para tener el aire ligero que conviene a los de vuestro oficio, y te suplico que me des una primera lección de picardía, aunque no sea más que enseñarme a quitarle las babuchas a una mujer calzada, sin que ella se dé cuenta. ¡

—¿Te burlas, madre? ¡Tanto mejor! Así estás más útil para desempeñar la comisión que te doy. Toma mi anillo, dáselo en propia mano al jefe, entreabriendo la puerta. Y al entregárselo, dile: «Aquí está el anillo de mi yerno, que se llama *Albunducani*.» Recalca bien este nombre.

—Allá voy —dijo la vieja—. Se me figura que ese nombre tiene algo de magia, que hace que los hombres se queden inmóviles como si fueran de mármol.

Mientras que Omajair se dirigía a cumplir este encargo, el Califa salió a la terraza. Dirigióse a Yunus, que se había quedado en el jardín esperando órdenes, y le dijo:

—Toma mi sable y baja en seguida a la calle con la ayuda de tu escalera; observa con atención, y si alguno se atreviera a hacer o a ordenar alguna violencia, hazle cortar la cabeza al momento. Date a conocer así que veas que mi anillo, que se les va a enviar, haya tenido la virtud de poner a ese pelotón de policías en condiciones de guardar el respeto debido a mis órdenes. Destituye al jefe; que el lugarteniente sea revestido al momento del cargo de aquél y puesto en su lugar. Harás conducir a tu tribunal y bien guardados, al jefe prevaricador, a Chamama y a los individuos que hayas visto desde el lugar en que te sitúes, aconsejar excesos o disponerse a cometerlos; todos serán encadenados hasta mañana, y así que se haga de día harás castigar a todos los culpables.

Después de esta conversación el Califa se volvió al aposento, y el jefe de los emires se apresuró a ejecutar las órdenes que acababa de recibir; él estaba detrás de la tropa alborotada, con el sable desnudo, oculto bajo el manto. Mientras la vieja parlamentaba a la puerta con Chamama.

—¡No empujes más la puerta, maldito! Apártate un momento y haz sitio a mi señor, el jefe, a quien deseo hablar: tengo que entregarle un anillo.

—Abre la puerta —contestaba— y dámelo a mí, vieja endemoniada; mi señor está a caballo y no se va a apearse por tu causa.

—Habrá de apearse sin remedio —replicó la vieja—; tengo que darle la sortija de mi yerno; el jefe seguramente sabrá leer las cifras que en ella van escritas.

—¿Tanto tiene que descifrar? Señor—gritó Chamama,

volviéndose al jefe—. Voy a dar tres hachazos; la puerta se vendrá abajo, y entonces nos apoderaremos del bandido, de las joyas, de la vieja infernal y de su hija.

—Señor —dijo entonces el lugarteniente—; no creo que tu discreción permita obrar a Chamama con tanta violencia. Tú sabrás bien pronto qué anillo es ése. Sabemos que el hombre que veníamos buscando ha llegado a la casa, no se sabe por dónde, pues está completamente cercada. Ya no se trata sólo de violar el asilo de unas mujeres. Después que hayas visto la sortija, si conviene echar la puerta abajo en caso de resistencia, yo seré quien dé el primer hachazo; pero antes permíteme que pregunte a la mujer y que haga retroceder un poco el pelotón.

El jefe de policía no tuvo más remedio que condescender. Chamama se apartó, lanzando terribles imprecaciones, y el lugarteniente se acercó a la puerta.

—¡Abre con confianza! —dijo la vieja—. Dame el anillo. ¿Quién te lo ha dado?

—Mi yerno —contestó Omajair, un poco más tranquila al notar la dulzura del tono de Hasán—. Dice que se llama *Albunducani*.

El lugarteniente cogió el anillo y lo puso en manos de su jefe, diciéndole palabra por palabra la contestación de la vieja. El nombre de *Albunducani* no hizo ningún efecto sobre el bribón Chamama; pues él no conocía su valor.

—¿Quién es este *Albunducani* —gritaba furioso— que nos envía su anillo? Yo le haré dar cien azotes, con la sortija puesta en su dedo, por el gran respeto debido a su nombre; ahorcaré a la vieja, y luego la reduciré a ceniza, a polvo para aumentar el cieno del arroyo. ¡Que abran la puerta de par en par, o vuelvo a coger mi hacha!

—¡Cállate, infeliz! —le dijo el juez, consternado, cuando oyó el nombre de *Albunducani* y así que hubo examinado el anillo (1)—. Tu avaricia infame, insaciable, tu horrible maldad nos ha perdido a todos.

Y a la vez un ruido sordo, que se escapaba de los labios temblorosos del jefe de la policía, pasó de boca en boca, sin oírse apenas, hasta llegar al criminal Chamama, que oyó: «es el Califa».

Si las víboras, las cerastas, la hidra y todos los reptiles venenosos de la tierra hubiesen silbado en las orejas de Chamama, no hubiese sentido tal pavor. Como una masa inerte cayó a tierra, y se revolcaba en el fango. Su conciencia atormentada le presentó en un solo cuadro todos sus crímenes. De repente se contrajeron sus nervios; resultó un epiléptico, un furioso. «¡Yo estoy perdido, estoy herido, muerto!», gritaba. Y en esta posición desesperada se hallaba, cuando por orden del emir Yunus, lo cargaron de cadenas y se lo llevaron a su casa.

La buena Omajair estuvo atenta a ver el efecto que producían el nombre y el anillo de su yerno; ella volvió a verlo, pero cada vez más sorprendida.

—La palabra y el talismán han hecho su efecto —le dijo—. Tienes un nombre del que puedes estar orgulloso. Cuando pienso en ello me dan escalofríos. Por lo que toca al vampiro de Chamama, no se aprovechará mucho de este negocio, y todos, en general, se han quedado como de piedra. Mucho mal debes de haber hecho en tu vida a los oficiales de la policía que te hayan seguido para que te teman hasta este punto... ¡Escucha! Ya no se oye ruido; ya no se ve ni luz en la calle. Yo apostaría a que todos se han marchado sin hablar una palabra. A mí no me disgustaría que por amor se hicieran estas cosas en favor mío; pero Dios me libre de inspirar nunca tal terror, porque, al fin y a la postre, de todo hay que dar cuenta.

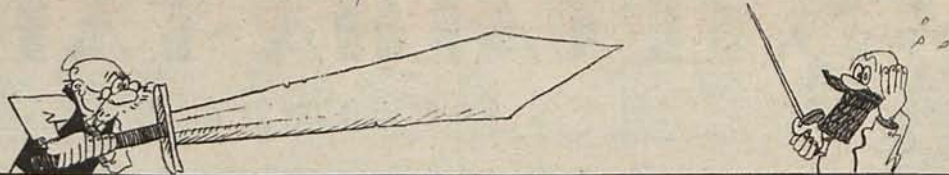
—Sí, madre mía, sí —replicó sonriendo el Califa—. También tú habrás de dar la tuya, y si se paga por hablar demasiado, ya tendrás que hacer para estar segura.

Y los nuevos esposos recibieron la bendición de la madre.

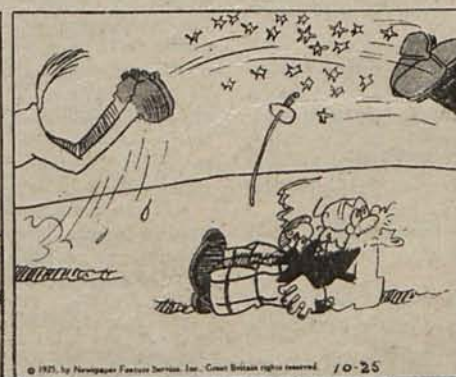
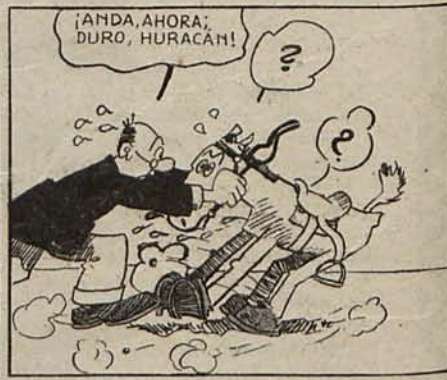
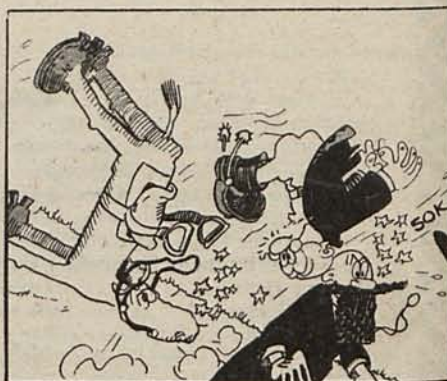
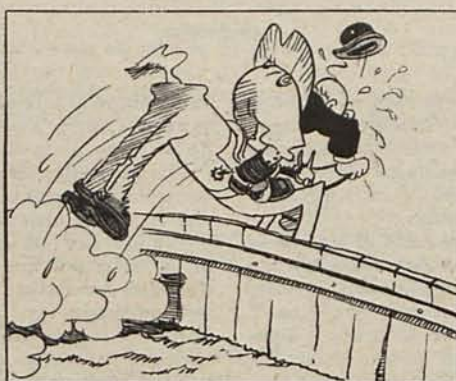
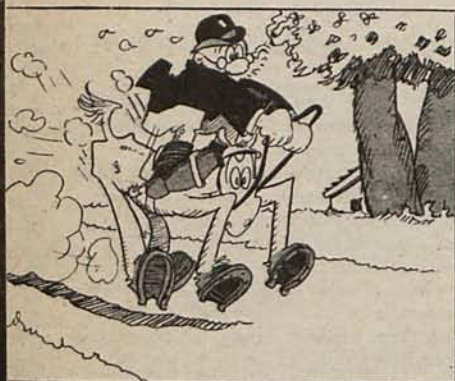
(1) El anillo del Califa, que le servía de sello, era conocido por los principales oficiales de la corte.

(Continuará en el número próximo.)





# VIRIATO ORTIZ, FRESCO Y BARBUDO





# LA PRINCESITA AZAHAR

## CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Pues, señor, había una vez en un reino lejano una princesita que vivía en un palacio de marfil con sus papás, que eran los reyes de aquel país maravilloso. La princesita se llamaba Azahar por ser tan pequeña y tan blanca como la flor del naranjo. Tenía, además, como todas las princesitas, unos ojos muy grandes y muy azules y unos bucles dorados como el Sol. Sus papás no la dejaban salir del jardín porque como era tan pequeña podía perderse fácilmente.

Así es que todos los días bajaba al parque seguida de sus azafatas a coger grandes ramos de rosas para después adornar los jarrones de su palacio de marfil.

Pero con ser la princesita Azahar la niña más bonita del contorno, era también la más desobediente, por lo que le sucedió lo que os voy a referir.

Era un día de verano y aquel día calentaba tanto el Sol, que las azafatas de la princesita, que hilaban sentadas bajo un tilo, se quedaron dormidas.

Azahar quiso aprovechar el momento y preguntó a su bufón, que jugaba en el suelo con su galgo favorito:

—Dime, Sick, tú que eres tan listo como feo, ¿dónde está la puerta del jardín? Quiero ver cómo es el campo, cómo es el río, cómo son los caminos, sin la compañía horrible de mis damas.

Sick se resistió un momento; pero la princesita, entonces, le dijo:

—Si no me obedeces, cuando vuelva a casa diré a mi padre, el rey, que mande cortarte la cabeza.

Con esto acabó de convencerse Sick y echó a an-

dar seguido de la princesita. Cuando llegaron a la puerta de la verja, ésta le dijo al bufón, empujándole:

—Tú quédate aquí dentro y déjame sola.

Y echó a correr por el campo con la misma alegría que la de un pájaro cuando le abren la puerta de la jaula. Corriendo, corriendo, llegó a la orilla del río. Y como además de desobediente era muy presumida se inclinó para mirarse en el agua y se encontró monísima. Enton-

ces vió pasar un pez que parecía de plata y lo quiso coger. Y al estirar el brazo, ¡cataplúm!, se cayó dentro del agua. Y empezó a bajar, a bajar, hasta que llegó a un palacio maravilloso de cristal.

Al verla llegar el Rey Pez, que estaba sentado en su trono de coral, se levantó indignado.

—¿Cómo te has atrevido a venir aquí? ¿Quién te ha mandado bajar?

La niña se quedó muda de espanto.

Después, como viera el Rey Pez que Azahar era muy

bonita, que traía en el cuello y en los brazos muchas joyas extraordinarias, mandó llamar a sus cortesanos.

—Es un raro ejemplar —discurrieron—. La pondremos en una vitrina para enseñárselo a los turistas.

Y dicho y hecho; dos cangrejos se encargaron de encerrarla en la antigua vivienda de una ostra. Al principio, Azahar, encontró aquel palacio muy bonito, pero cuando vió que pasaba el tiempo y que no podría volver ya más a su palacio de marfil, donde la esperarían llorando sus padres, su bufón y sus azafatas, empezó también ella a llorar desconsoladamente. Y pasó un día y otro día, y un mes y otro mes y la princesita seguía





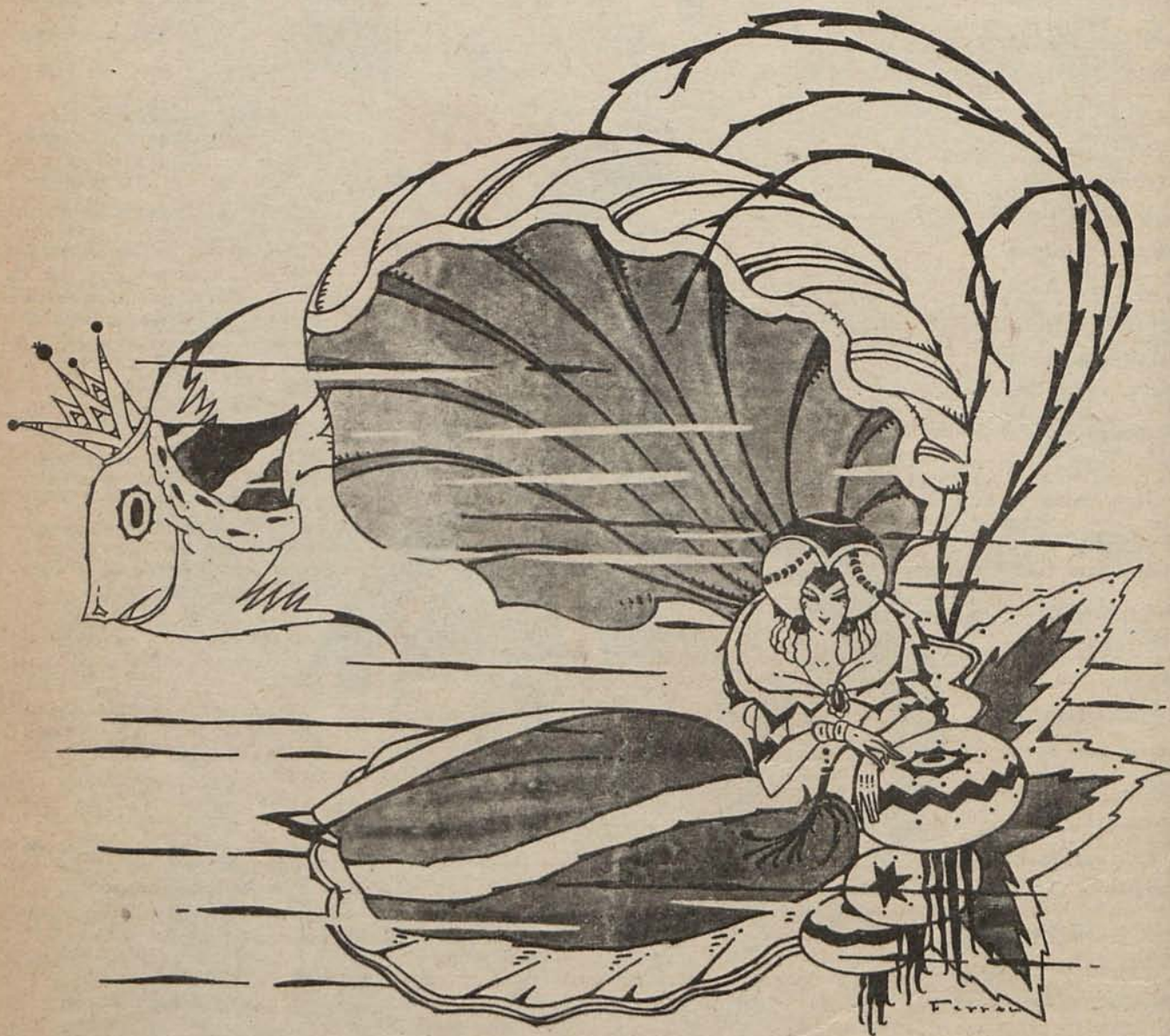


llorando. Y un buen día, Azahar, vió venir al Rey Pez seguido de un gran número de cortesanos. Su manto de plata relucía más que nunca. También los de los otros peces brillaban de satisfacción. El Rey habló así:

—Vengo a darte las gracias porque por tu llanto el río ha aumentado considerablemente y dicen mis sabios que allá en la tierra el agua ha arrasado ya varias casas y amenaza tragarse el palacio de marfil.

me. Era un magnífico ejemplar digno de una mesa regia. Y así pensando se la llevó al Soberano en una bandeja de oro, para que viese también, de paso, lo hermosas que eran las truchas del río que regaba sus dominios.

Pero desde la desaparición de la princesita nada podía satisfacer al Monarca. Así es que la trucha la dejó indiferente. Y cosa rara, como si ésta lo hubiese



Ni que decir tiene que Azahar dejó de llorar instantáneamente. El Rey siguió:

—En premio podrás salir a dar un paseo por el río con tus dos guardianes.

Y el Rey Pez volvió la espalda y se alejó seguido de sus cortesanos.

No bien hubo salido la princesita de la concha cuando una trucha que por allí pasaba se la tragó, alejándose rápidamente ante la estupefacta desesperación de los dos cangrejos que quedaron tirándose de las patas.

Y un día que el cocinero del Rey pescaba en el río vió salir en el extremo de su aparejo una trucha enor-

adivinado, empezó a dar unos saltos extraños. El rey sorprendido, mandó al cocinero que la hundiese su cuchillo, para que acabase de morir. No bien lo hubo metido cuando salió por la abertura la princesita Azahar. El Rey creyó volverse loco de júbilo. La Reina, que estaba hilando, se desmayó de la emoción. El bufón empezó a saltar desaforadamente, y todo fué contento y regocijo en el palacio, donde se celebraron con torneos y saraos la vuelta de la princesita, que desde aquel día es tan buena y obediente como bonita.

ALMENDRITA.



# HISTORIAS DE ANIMALES

## EL GALLO PRESUNTUOSO

(FÁBULA)

Una mañana y otra el Sol salía de las crestas de la montaña, asomándose poquito a poco y llenando la tierra de una claridad rosada que apagaba, de un soplo, las últimas estrellas que quedaban.

Una mañana y otra el gallo Rodrigo, despierto ya desde un rato antes, se subía a cualquier altura del corral medio en sombras y desde allí lanzaba un «kikiriki!» exacto, fijo, de todos los días a la misma hora.

Los del cortijo ni necesitaban mirar el reloj, ni abrir las maderas de la ventana, ni abrir siquiera los ojos, para saber si amanecía. Cuando el gallo cantaba, era la señal más precisa. Su clarín anunciaba el primer rayo de Sol.

Así, amanecer y canto de gallo, eran una misma cosa.

Y Rodrigo, el gallo de aquel corral tranquilo, se dió cuenta de la importancia de su canto y se llenó de vanidad hasta la cresta, recortada a piquitos como las empanadillas.

—Yo soy quien hace salir al Sol—decía él muy presuntuoso—. El Sol está escondido detrás de la montaña y espera a que yo le avise, como los cómicos esperan entre bastidores. ¡Qué gran poder tiene mi canto!

Dándole vueltas a esta idea, inflada de soberbia, decidió un día cambiar a su antojo la salida del Sol. ¿Por qué iba a salir todos los días el Sol a la misma hora?

—Es idiota que me esté preocupando de cantar todos los días en ese preciso momento. Desde ahora haré lo que me parezca bien, y el Sol saldrá a la hora que a mí me convenga: unos días, antes, y otros días, después. Y va a ser desde hoy mismo. Esta noche en vez de amanecer a las siete, va a amanecer a las tres... Y al que no le convenga que se aguante.

En efecto, y sin efecto, aquella noche, muy cerrada la noche todavía, a las tres de la mañana, el gallo se subió sobre el asa de un caldero, medio volcado, y cantó:

—«Kikiriki!»

A los del cortijo se les hizo, con aquel despertar del canto del gallo, una noche demasiado corta. Les cogía aquel supuesto amanecer en el mejor de los sueños y, restregándose los ojos, estirando los brazos, cantando al despertar con la música de los bostezos, los del cortijo comenzaron a vestirse, torpemente, avisados por el «kikiriki» de todas las mañanas.

Inútil será que os diga que no salió el Sol antes porque cantase antes el gallo, y que siguió tan de noche como antes y todavía por unas cuantas horas.

Aquello le extrañó mucho al gallo que contaba el muy necio, con la obediencia del Sol. Pero mucho más le extrañó a los del cortijo cuando, creyéndose despertados por la mañana nueva, salieron a la puerta, camino ya del trabajo, y se encontraron con que era bien de noche y que no les quedaba otro recurso que volverse a acostar, a empalmar como fuera aquel sueño roto.

—Ha sido el gallo el que nos ha despertado... Al oír su canto, hemos creído que estaba amaneciendo, como siempre.

—¡Qué estúpido bicho! ¿Por qué habrá cantado antes de tiempo?

—Se habrá creído que amanecía.

—Pero ¡si está la noche oscura, negra como boca de lobo!

—Tal vez los faros de algún automóvil, de los que pasan por la carretera, le han hecho creer que amanecía...

—Pues nos ha fastidiado el animalito. Yo no me quedo sin darle un escobazo... —dijo uno de los del cortijo, ya armado de escoba, desatracando la puerta del corral.

—Ni yo, tampoco...

—Ni yo...

—Pues yo —dijo otro— le voy a hacer tragarse un calendario zaragozano, para que sepa la hora fija del Sol en este tiempo y no nos dé la lata.

¡Qué algarabía en el corral, tan a media noche! El gallo corría, huyéndole a las escobas, dejándose plumas por todas partes y, luego que lo hubieron trincado, tuvo que comerse algunas páginas de almanaque... ¡Pobre, qué cara le salió su presunción!

Fué peor el remedio que la enfermedad. El calendario que le dieron a comer al gallo fué el del año pasado, y ya el gallo no dió una a derechas. Atrasaba y adelantaba su canto, hasta el punto de que tuvieron que dejar de hacerle caso y oírle como quien oye llover.

El pobre gallo, además, de resultados del susto, se volvió un poco loco y no daba pie con bola.

Ultimamente la locura le dió por creerse un reloj y se paseaba dándole aire a su cola, diciendo:

—Me llamo Longines. Hora exacta.

Y su manía era repetir las campanadas del reloj de la iglesia, las horas y las medias. A veces, para presumir de reloj independiente, adelantaba, y otras, se atrasaba unos cuantos minutos. De cuando en cuando, se le oía hacer:

—Crrr..., crrr..., crrr...

Era que hacía como si se diera cuerda.

Ultimamente balanceaba las plumas de su cola, diciendo:

—Soy reloj de péndulo.

Lo peor fué cuando, en su chifladura, se creyó reloj de cuco, y toda su manía era asomarse a una ventana y cantar:

—Cú..., cú..., Cú..., cú...

Y siempre adelantando y atrasando, por presumir de reloj.

Hubo que guisarlo con arroz, porque no era posible soportarlo.

Había días que se creía reloj de bolsillo y no se lo podían quitar de encima, empeñado en que se lo metieran en un bolsillo del chaleco.

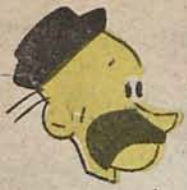
Lo guisaron con arroz, como digo, y se lo comieron un domingo por la mañana.

Por cierto que el arroz resultó un poco pasado, por culpa de aquel gallo que, hasta guisado y muerto, le dió por atrasarse.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.







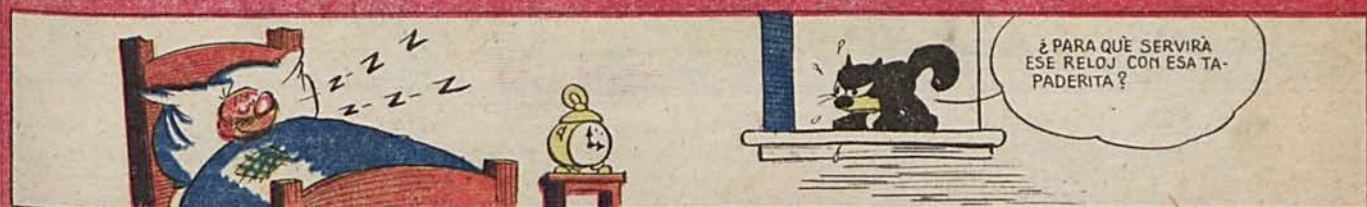
# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







# PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.





PROGRAMA  
PARA HOY

## EL ROBO DEL AUTOMOVIL

*Sensacional!*

# GRAN CINE



### Una sorpresa nocturna.

Una tarde primaveral del mes de junio cabalgaba un muchacho atlético, vestido con el uniforme de la policía montada, sobre un espléndido corcel blanco.

El jinete era el oficial Tom Terry en su famoso caballo *Avión*.

Tom, que estaba aquella noche de guardia, le tocaba hacerla por los alrededores del páramo. De repente oyó detrás de él, y a distancia, el trepidar de un potente motor de automóvil.

Se volvió para mirar atrás, y, desde el punto donde él estaba, se vio venir una manchita que se agrandaba por momentos.

Como a la marcha que venía no tardaría en alcanzar a *Avión*, Tom se desvió hasta ponerse al lado de la carretera para dejar paso; pero el *chauffeur*, que indudablemente había visto al policía, acortó la marcha hasta detenerse.

El automóvil era de carreras. Al volante iba un muchacho bien parecido, con una sonrisa agradable en el rostro, y la cabeza enfundada en una gorra de hule. Tom le reconoció en seguida. Se llamaba Ted Dixon y tenía un garage en el pueblito de Lowmead. Tom y Ted habían sido compañeros de escuela en Shefford, y Tom sentía cierta admiración por Ted que era un mecánico sumamente hábil.

—¡Hola, Tom! —exclamó deteniendo el automóvil—. ¿Estás haciendo la guardia?

—Sí; no hay más remedio que cumplir con la obligación. Llevas un coche muy bonito, ¿es tuyo?

—Sí, ¿te gusta? —replicó Ted con satisfacción—. Lo he armado yo, y voy a correr en él dentro de tres días en la carrera de Rooklands Tracks.

—¡Pues te deseo mucha suerte, hombre! —dijo Tom afectuosamente—. ¿Y dónde lo guardas?

—En mi garage de Lowmead. Precisamente quería hablar contigo sobre este asunto, porque he visto por allí rondando a dos sujetos sospechosos. Quisiera que pasaras por allí.

—Sí, sí; ya lo creo que pasará.

Y se despidieron cariñosamente.

Tom tenía que hacer una ronda larga, y ya era más de media noche cuando pasó por el pueblito de Lowmead. Todos los habitantes parecían estar profundamente dormidos.

El garage de Dixon quedaba a las afueras, y, al aproximarse a él, el policía se asombró de ver luz por el montante del portón.

El policía se puso de pie encima de la silla y desde su altura pudo ver a dos hombres moviéndose por detrás del automóvil.

Tom sospechó en seguida de aquellos individuos. Apeóse silenciosamente del caballo, y de puntillas, penetró en el garage.

Apenas Tom apareció, el poderoso motor empezó a trepidar, metiendo un estrépito horrisono, como todos los automóviles de carreras.

En seguida uno de los dos hombres corrió al portón y lo abrió de par en par.

—¡Esperen ustedes un momento! —les gritó el policía.

Los dos individuos, al verse sorprendidos, avanzaron hacia adelante para atacar al policía. Tom, con los puños apretados, se preparó para el encuentro.

En el garage no había más luz que los rayos de la luna, pero en la oscuridad, Tom no erró ningún golpe, y al que estaba delante le dio un puñetazo certero en medio de la cara que le hizo caer al suelo.

El otro se echó sobre el policía, que recibió un golpe tremendo en la cabeza. Pero para derribar al valiente Tom se necesitaba mucho más que eso, y se defendió dando golpes a diestro y siniestro, pues a todo trance quería defender el coche de Ted.

El que estaba en el suelo se agarró entonces a una de las piernas de Tom, y le dio tan fuerte sacudida, que le hizo perder el equilibrio y venir a tierra. Tom dio con la cabeza en el suelo, y quedó tan atontado, que no fué capaz de levantarse. Más tarde, cuando recobró el conocimiento, el automóvil ya había desaparecido, y a sus oídos llegó el lejano trepidar del motor que se oía cada vez más débilmente.

*Avión* entró en el garage trotando, al mismo tiempo que por

la puerta de atrás entraba Ted Dixon, que debía venir de la cama, puesto que estaba en mangas de camisa.

Al ver el garage vacío dió un grito de angustia y estuvo a punto de caer sobre Tom.

—¡Cómo! ¿Eres tú, Tom? ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está el automóvil?

—¡No sabes cuánto siento no haber podido detenerlos, Ted! —exclamó Tom.

—¡Qué le hemos de hacer! ¡Ya sé que tú has hecho lo posibles!

—¡Pero iré en busca de ellos! —dijo Tom saltando sobre *Avión*.

—No serás capaz de alcanzar mi automóvil, por muy bueno que sea tu caballo, Tom.

Y cogiendo una motocicleta que estaba en un rincón del garage hizo funcionar el motor y siguió detrás del policía por la carretera.

Pero a pesar de recorrer unos cuantos kilómetros no pudieron encontrar ni rastro del automóvil, teniendo que abandonar, con gran pesar suyo, la persecución.

De vuelta en Shefford, Dixon informó a la policía sobre el caso.

A la mañana siguiente iba Tom por una solitaria carretera en la parte más remota del páramo, y al llegar a un puentecillo que cruzaba el río, vió en la orilla a un chico que con una caña de pescar en la mano se preparaba a echar el anzuelo al agua. En él reconoció a un amigo suyo que vendía periódicos por las calles de Shefford.

—¿Qué hay, Tim? ¿Has pescado algo?

—He pescado un golpe detrás de la oreja —contestó el muchacho poniendo la mano a un lado de la cabeza—. ¡Qué lástima que no haya llegado usted un poco antes!

—¿Qué es lo que te ha sucedido? —preguntó el policía.

—¿Ve usted ese grupo de árboles de allá lejos? Pues este río pasa por entre ellos; y estaba yo pescando tranquilamente allí, cuando del bosque salió un individuo que empezó a lavarse la cara en el río.

—¿Y qué pasó? —preguntó Tom.

—Que me mandó que ahue-

cara el ala, y porque le contesté que tenía tanto derecho como él a estar allí, me dió un puñetazo detrás de la oreja que me hizo ver las estrellas. Si no me largo pronto me hubiera dado unos cuantos más.

—Estoy pensando en ir hacia allá, a ver quién es ese pollo —dijo Tom.

—Pues puede darle usted expresiones de mi parte.

Tom corrió todo lo más que pudo por el áspero páramo y llegó en seguida al bosquecillo. Al atravesarlo oyó voces de hombre, y un escalofrío estremeció su cuerpo al reconocer la voz de los que le habían agredido la noche antes.

Procediendo con toda cautela llegó a unos matorrales que había en medio del bosque y se escondió entre ellos; desde allí pudo ver la silueta del automóvil de carreras de Ted Dixon, y junto a él dos hombres sentados en el suelo, comiendo. Espoleó a *Avión* y llegó hasta donde estaban. Al verle, los hombres se pusieron en pie; pero Tom estaba ahora mejor preparado para el encuentro que el día antes.

Los dos quisieron huir al ver que *Avión* se lanzaba sobre ellos; más uno no tuvo la suficiente rapidez y fué arrollado por el caballo blanco. Tom se arrojó de la silla y saltó sobre los hombros del otro, arrojándole a tierra con tal fuerza que le hizo perder el conocimiento durante un rato largo.

El policía se irguió y fué hacia el que había caído; no pudo reprimir la risa al ver a *Avión* que estaba sobre él como desafiándole a que se levantara.

El policía quitó la cuerda de la silla del caballo y ató a los dos con los brazos pegados al cuerpo.

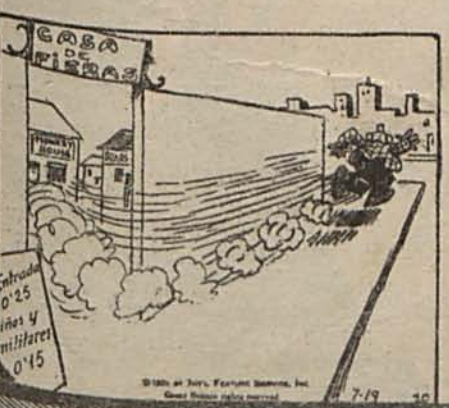
Una hora más tarde, los vecinos de Lowmead se quedaban sorprendidos al ver al policía Tom Terry entrar en el pueblo con los dos detenidos delante.

**¡HA TERMINADO!**





## AVENTURAS DE SIMPLICIO BOBADILLA





MATARILE, RILE, RILE

ACTO II

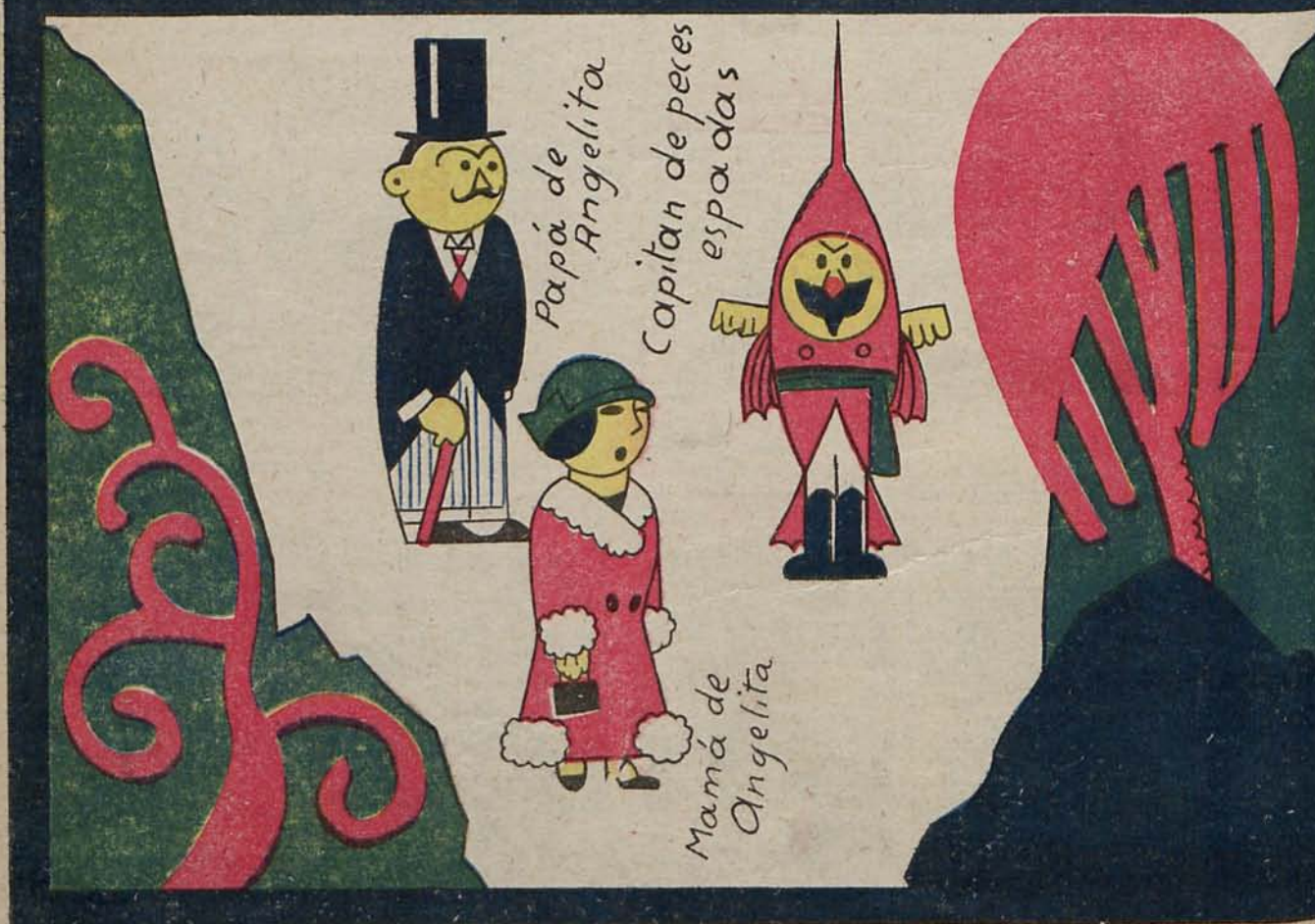
4



MATARILE, RILE, RILE

ACTO II

3





# EL TEATRO DE PINOCHO

MATARILE, RILE, RILE

COMEDIA EN TRES ACTOS

(Continuación.)

CATIFUR. (Aparte.) ¡Caramba! ¡Qué niñas más interesadas! Menos mal que con prometer no pierdo nada. Seguirá la canción. (Canta.)

Una espuerta de ratones,  
matarile, rile, rile.  
Una espuerta de ratones,  
matarile, rile, ron.

LAS NIÑ. (Después de hablar por lo bajo.)

Ella dice que no,  
matarile, rile, rile,  
porque le da mucho miedo,  
matarile, rile, ron.

CATIFUR. (Aparte.) ¡Claro! ¡Lo comprendo! Pero ¡como la copla es así! ¿Qué otra cosa se regala? ¡Ah! (Canta.)

Una aguja y un dedal  
matarile, rile, rile.  
Una aguja y un dedal,  
matarile, rile, ron.

LAS NIÑ.

Ella dice que no,  
matarile, rile, rile.  
Porque no quiere coser,  
matarile, rile, ron.

CATIFUR. (Aparte.) ¿Qué la regalaría yo, que le gustase? ¡Ah! A ver si esto... (Canta.)

Algo de «Madrid-París»,  
matarile, rile, rile.  
Algo de «Madrid-París»,  
matarile, rile, ron.

LAS NIÑ. (Muy resueltas.)

¡Ella dice que eso sí!  
matarile, rile, rile.  
¡Ella dice que eso sí!  
matarile, rile, ron.

CATIFUR. ¡Ea! Pues ya estamos de acuerdo. En cuanto subas, te llevaré, y allí eliges, en cualquiera de las secciones.

ANGTA. ¿A dónde tengo que bajar?

CATIFUR. Al fondo del mar...

NIÑAS. (Asustadas.) ¡Huy! ¡Al fondo del mar!

ANGTA. Pero ¿es de veras? ¡Si yo creí que era jugando!

CATIFUR. Pues es de veras, hija mía. Se me han caído las llaves al fondo del mar y tú tienes que bajar por ellas, y yo te compraré lo que quieras.

ANGTA. Pero ¿cómo voy yo a ir al fondo del mar? ¡Me voy a ahogar!

CATIFUR. No; porque yo te doy esta varita respiratoria, y la varita respira por ti, y tú no te ahogas.

ANGTA. ¿Puede ser eso?

CATIFUR. ¡Claro que puede ser! Mira, ten tú la varita, y verás cómo no necesitas seguir respirando.

ANGTA. ¡Es verdad! ¡No necesito respirar! ¡Qué raro!

CATIFUR. Ya sabes. Yo te llevaré al sitio donde están las llaves...

NIÑA. ¿Por qué no baja usted por ellas en vez de Angelita?

CATIFUR. Porque yo tengo reuma y me hace mucho daño el agua.

ANGTA. Es que a mí me da miedo. Además si llego a casa mojada, me regañan.

CATIFUR. Toma esta bolsita secadora. Teniéndola colgada del cinturón, no te mojas.

ANGTA. ¿Es verdad eso?

CATIFUR. Tómala, y ve a meter la mano en esa fuente.

ANGTA. ¡Pues es verdad que no se moja una! Es estupendo.

CATIFUR. ¿Te decides?

ANGTA. ¡Así, sí!

NIÑA. No vayas, Angelita.

OTR. NIÑ. A lo mejor es un mago.

ANGTA. Venid vosotras. Me esperáis. No es más que entrar y salir.

NIÑAS. Sí, sí; vamos.

CATIFUR. Vamos. Cuando tenga mi castillo, os llevaré a merendar a todas...

NIÑAS. ¡Muy bien! ¡Muy bien!

Cae el telón entre una gran alegría.

## ACTO SEGUNDO

La escena en el fondo del mar. Al fondo, muy borroso, un castillo de coral. A un lado y a otro, árboles submarinos. Peces y mariscos cruzan la escena a voluntad del director, excepto los que tienen que salir en un momento determinado, que se indicará.

En escena, el señor Bacalao y el señor Salmón. Trajes convencionales, de modo que se vea lo que quieren representar, como si fueran disfraces de carnaval. Un coro de ondinas canta, muy dulcemente, y cruza la escena, para desaparecer nuevamente.

### CANCIÓN DE LAS ONDINAS:

Me casó mi madre,  
me casó mi madre  
chiquitita y bonita,  
¡ay, ay, ay!  
chiquitita y bonita,  
con un pescadito,  
con un pescadito  
que yo no quería,  
¡ay, ay, ay!  
que yo no quería.

(Cruza también un vendedor de periódicos que es un pez con gorra a cuadros y varios periódicos debajo de una aleta.)

VENDEDOR. «¡El submarino», que ha salido ahora! ¡Con las últimas noticias de esta tarde!

(Desaparece el vendedor. El señor Bacalao y el señor Salmón, hablan.)

BACALAO. Si el príncipe no mejora no vamos a ningún lao. ¿Verdad señor de Salmón?

SALMÓN. Verdad, señor Bacalao.

BACAL. ¿Y si el príncipe se muere?

SALMÓN. Será una complicación, ¿verdad, señor Bacalao?

BACAL. Verdad, señor de Salmón.

SALMÓN. ¡Es rara la enfermedad! ¿Qué bicho le habrá picado?

BACAL. Yo no sé, señor de Salmón.

SALMÓN. Ni yo, señor Bacalao.

BACAL. ¡Tan joven y tan enfermo! ¡Sí que es una situación!

SALMÓN. A mí me da mucha pena.

BACAL. Y a mí, señor de Salmón. ¿Qué le ha podido pasar para estar tan preocupado? ¿Usted sabe, Salmón?

SALMÓN. Yo no, señor Bacalao.

BACAL. ¡Tiene siempre una tristeza y una desesperación!

SALMÓN. A mí me da mala espina.

BACAL. Y a mí, señor de Salmón.

SALMÓN. ¡Ya ve usted que soy buen pez!

BACAL. Yo ando bastante escamado. ¿No le pasa a usted lo mismo?

SALMÓN. Sí, señor don Bacalao. ¡Cuando todo le sonríe y debe hacerle ilusión! Le digo que no lo entiendo.

BACAL. Ni yo, señor de Salmón. ¿Y el padre, qué dice el padre?

SALMÓN. Pues está desconsolado.

BACAL. ¡Qué desgracia, don Salmón!

SALMÓN. Es verdad, don Bacalao.

BACAL. Quizá cambiando de aguas, y un poco de distracción...

SALMÓN. ¿Cree usted, señor Bacalao?

BACAL. Tal creo, señor de Salmón.

SALMÓN. En el fondo, créame usted, debe estar enamorado...

BACAL. ¿Es posible?

SALMÓN. Creo que sí..., o algo así, don Bacalao.

BACAL. En fin, confío en que pronto tenga franca curación... He tenido mucho gusto en verle a usted, don Salmón.

SALMÓN. ¿No viene usted por aquí?

BACAL. No, yo voy por este lao. Adiós, señor de Salmón.

SALMÓN. Adiós, señor Bacalao.

(Se van cada uno por un lado, después de haber dicho su tirada de ripio. Vuelve a pasar el coro de ondinas.)

### CANCIÓN DEL CORO DE ONDINAS

¡Quisiera ser tan alta  
como la espuma!  
¡Ay, ay, ay!  
¡Como la espuma!

Para mirar las playas  
de Cataluña...  
¡Ay, ay, ay!  
de Cataluña...

(Se vuelven a ir. Pasa un batallón de peces espadas. Aparecen el rey Cangrejo y su hijo, el príncipe Cangrejo.)

REY CANGREJO. ¿Cuándo será el día que te vea alegre, hijo mío? Nunca mejoras, siempre para atrás...

PRÍNCIPE CANGREJO. ¿Cómo quieres que un cangrejo vaya para adelante?

R. CANG. No hagas chistes tristes y dime que es lo que puedo hacer para alegrarte...

P. CANG. Nada, ¿qué vas a hacer?

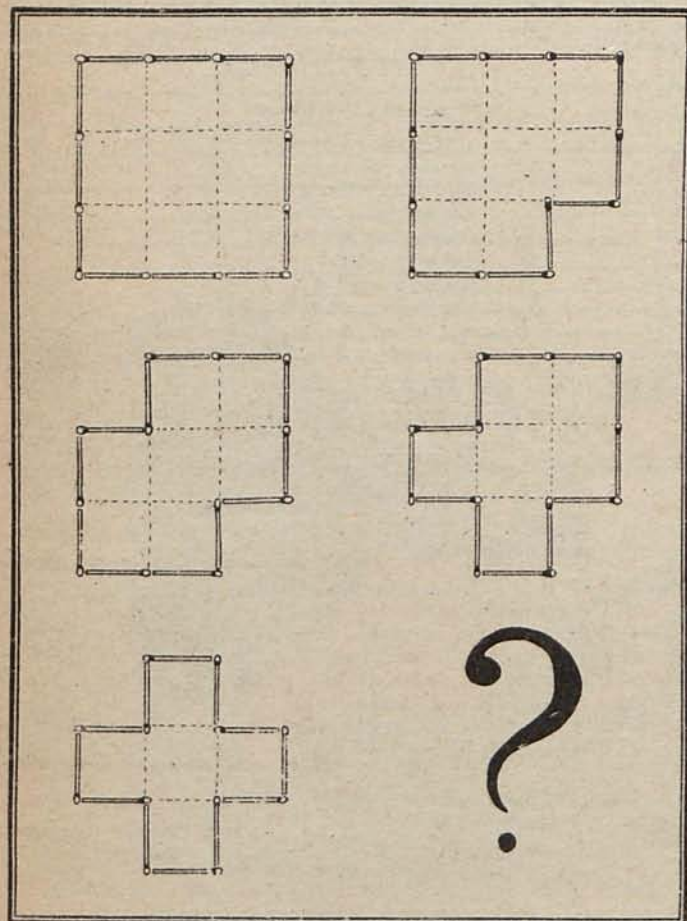
R. CANG. Te doy todos los gustos..., todas las riquezas para satisfacer tus menores caprichos. Soy mago, ya lo sabes, y puedo hacer cuanto quieras...

(Continuará en el número próximo.)



# CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

## PROBLEMA GEOMÉTRICO

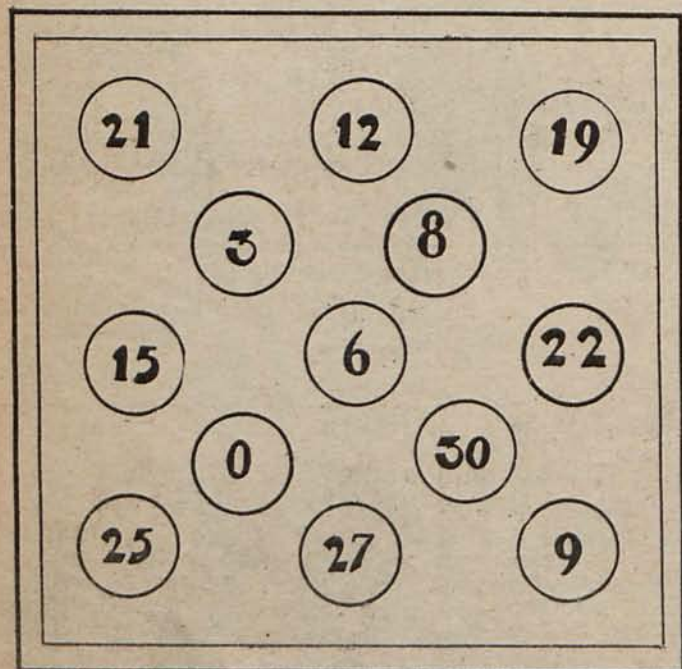


Todos sabéis que un centímetro cuadrado es un cuadrado que tiene un centímetro por cada uno de sus lados, y si tiene dos centímetros se multiplica un lado por otro, o sea  $2 \times 2 = 4$ , y ésta será la cantidad de centímetros de su superficie.

Con esta explicación ya sabéis que para hallar los centímetros cuadrados de un cuadrado o de un rectángulo se multiplica un lado por otro y el resultado será la medida exacta de la superficie.

En este dibujo tenéis varias figuras hechas con doce cerillas cada una. La primera tiene 9 centímetros cuadrados (suponiendo que cada casilla tenga un centímetro de largo); la segunda figura tiene 8 centímetros cuadrados; la tercera, 7; la cuarta, 6, y la quinta, 5. Fijaos en que todas están hechas con doce casillas. ¿De qué forma tendréis que hacer la figura y cómo para que con las doce cerillas sólo tenga 4 centímetros cuadrados?

## SUMAN CINCUENTA



El resultado de este problema consiste en unir con una línea recta varios redondeles de forma que los números de éstos sumen 50. Esta línea no es preciso pase por el centro del redondele, con que toque en la circunferencia basta.

Si encontráis más de un grupo de redondeles, indicálos, pues el que trace dos líneas rectas tendrá más derecho al premio que el que trace una.

## ROMPECABEZAS



Uno de los trabajos que creo tienen más aceptación entre vosotros es este de los rompecabezas. Os digo esto porque son muchas las cartas que recibo pidiéndome ejercicios de esta índole, y yo, siempre complaciente, os doy en este número un terrible animal, que habéis de formar con las piezas de este dibujo.

## CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES DE MARZO

ENVÍO DEL PINOCHISTA

D. ....

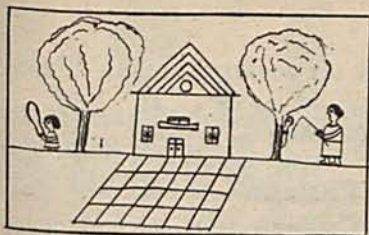
calle de ....

núm. .... Pueblo ....

Provincia ....



# COLABORACION PINOCHISTA



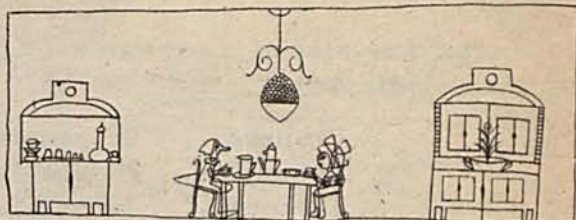
La casa del travieso Pepito.

AGUSTÍN R. GUERBÓS.  
Siete años. Málaga.



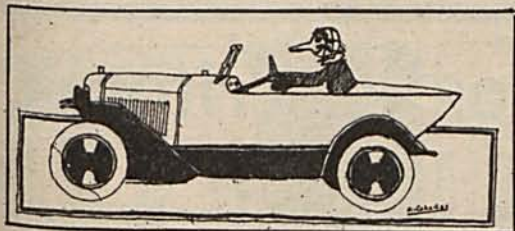
Un barco.

RAFAEL GIL.  
Cinco años. León.



El comedor de mis amigos Pirula y Pinocho.

DOLORES RAMOS.  
Nueve años. Málaga.



Pinocho y su automóvil.

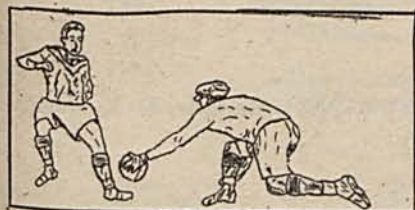
ALFONSO CABAÑAS.  
Trece años. Cuenca.

Los Pinochistas cuyos trabajos se publiquen en esta sección tendrán derecho a pedirnos diez ejemplares del número en que su trabajo aparezca al precio especial de 30 céntimos.



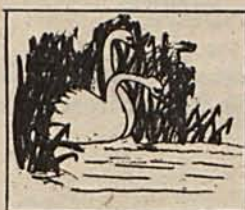
Una iglesia.

R. F.



Formidable intervención del portero.

LORENZO LÓPEZ.  
Catorce años.



Rincón del parque.

ELENA OLANO.  
Quince años. Gijón.



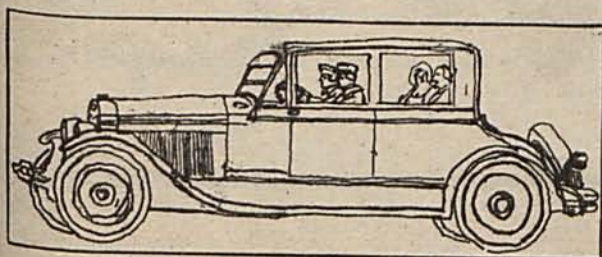
Pinocho y Pirula cazando mariposas.

CHICHITA VILLASANTE.  
Seis años. Buenos Aires.



El gato y los polluelos.

PILUCA GARCÍA VALENZUELA.  
Catorce años.



El auto de mi papá.

ALFONSO BEYA.  
Doce años. Barcelona.



Una niña modernista.

LUIS RODRÍGUEZ.  
Doce años. Madrid.



Un retrato.

MARIANO URDIAIN.  
Nueve años.



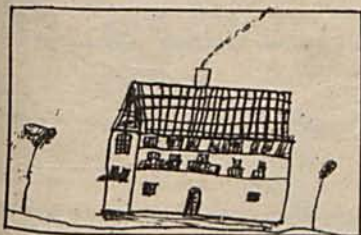
Mi muñeca.

MARÍA NIETO.  
Doce años. Madrid.



Uno de mi tierra.

M. DE G.  
Madrid.



La casa de Chapete.

RAFAEL TUÑÓN.  
Seis años. Baeza.



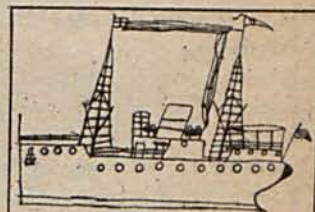
Mis mejores amigos columpiándose.

PEPITA BALDOSANOS.  
Nueve años. Madrid.



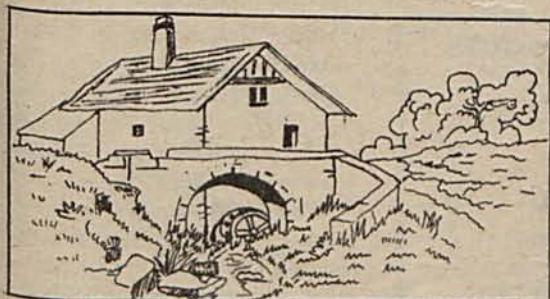
De paseo.

M. MARTÍNEZ.  
Once años.  
Buenos Aires.



El vapor correo «L. L. Sister».

ENCARNACIÓN GONZÁLEZ.  
Diez años. Madrid.



El molino.

A. F.  
Trece años.



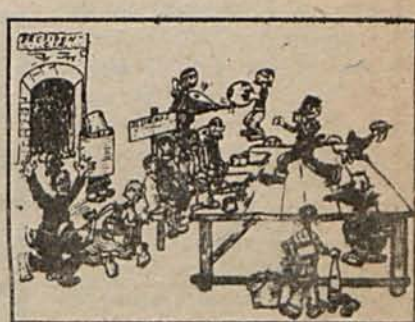
Pirula.

M.ª TERESA URRUTIA.  
Once años. Valladolid.



El huevero.

M.ª TERESA SUÁREZ.  
Diez años.  
Valladolid.



Escuela de «Sport» al aire libre.

JOSÉ SERRANO CUNILLO.  
Sevilla.



# Regalos mensuales a los suscritores.

Todos los meses sorteamos exclusivamente entre nuestros suscritores los cinco premios siguientes:

- Primero... 25 pesetas en dinero efectivo.
- Segundo... 15 pesetas en libros de Cuentos de Calleja.
- Tercero... 10 pesetas en libros de Cuentos de Calleja.
- Cuarto... 5 pesetas en libros de Cuentos de Calleja.
- Quinto... 3 pesetas en libros de Cuentos de Calleja.

# Regalos permanentes a los suscritores.

Todo Pinochista que se suscriba tiene derecho a pedir, al hacer su suscripción (tiene que ser en ese momento), los regalos siguientes:

## Si la suscripción es por un año

- 1.º Dos tomos **gratis** de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.
- 2.º Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas.
- 3.º Un Cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.
- 4.º Tres vales, valederos por un año, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 30 por 100.**

## Si la suscripción es por un semestre

- 1.º Un tomo, gratis, de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.
- 2.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100.**

Estos regalos pueden recogerse, **completamente gratis**, en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid. Quien desee recibirlos en su casa debe enviar 1,50 pesetas para gastos de embalaje, envío y franqueo certificado.

Además, todos los suscritores, tanto de año como de semestre, tienen otras muchas ventajas constantes, tales como facilidades para la colaboración infantil, números para los sorteos de regalos y otros interesantes privilegios.

## CORRESPONDENCIA

**Marina Subiza.**—Ya sabes por mi última carta cómo me ha sido imposible publicar tu hermosísimo problema.

Como me preguntas, además, qué ha sido de tus trabajos anteriores, te diré que saldrán bien pronto, dado el tiempo transcurrido, si llegaron aquéllos, claro está, en buenas condiciones.

Recuerdos de Pirula y Anita, de Paco Morronguis, Potipán, Cañamón, etcétera, etc.

**Fernandito Sagastastume.**—He recibido tus estupendas aléluyas de Pan-chete. Muy bien, muy gracioso. Estupendo. Se publicará.

**Carmen Pagés.**—Mi querida Carmen: Me llega tu amabilísima carta, juntamente con tu precioso dibujo. Este, por ser muy pequeño, no podrá salir en las páginas de PINOCHO. Pero tú podrás mandarme otras cosas, otros dibujos, y yo sabré publicarlos a la mayor brevedad posible.

**Rosa Luz.**—¡Cómo me acuerdo, Rosa Luz, de las cosas que me relatas en tu carta! Son imborrables para mí. Te prometo, primeramente, publicar tu hermosísimo cuento, el cual he leído con mucho gusto; después visitar tu palacio, conforme tenga lugar para ello. Iré, desde luego, con Pirula, Anita, Potipán, Cañamón, Morronguis, D. Turulato, Carrinche... ¿Tendrás habitaciones para tantos? Yo creo que sí. Tu palacio es grande y tu voluntad es, si cabe, más grande aún que tu palacio.

**José María Ruffort.**—Mi querido amigo: Tu cuento es muy largo, demasiado largo. Es una lástima que haya tomado estas

proporciones, pues es una obra muy interesante, un relato perfecto y primoroso. Mándame otra cosa.

**Juan Benito Hernández.**—No puedo publicar tu hermoso dibujo. ¿Por qué me lo has mandado a lápiz? ¡Qué memorial!

**Antonio Garrido Such.**—¿Y el cupón?

**Juanita Salas y Sánchez.**—Ahora hacemos los problemas Pirula y yo, razón por la cual no puedo publicar el tuyo. Remíteme cuentos, dibujos, historietas, chistes.

**Pedro Rodríguez Alcázar.**—Muy bien. Perfecto. Insuperable. Esto es dibujar, querido Pedro. Admitido.

**Elisa Cardona.**—¡Tinta negra!

**Pedro Crespo.**—El premio que te correspondió fué un cuento muy bonito en colores. Para que yo te lo remita habrás de enviarme tu dirección, juntamente con 50 céntimos en sellos. Te felicito por tu suerte —en este caso muy merecida—, y quedo esperando.

Recuerdos de Pirula, Potipán, etc., etc.

**Antonio Bello.**—Muy bonito tu cuento y admirable tu dibujo. Publico éste y dejo aquél en el cofre de los treinta candados. No me mandas más que un cupón...

**Juanita Sepúlveda.**—Gracias, muchas gracias por tus felicitaciones. Estoy orgulloso y muy contento con las palabras que me diriges. Tus dibujos se publicarán. Son muy buenos, están muy bien hechos. Palabra.

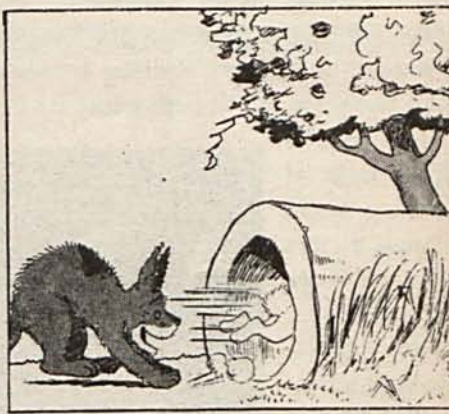
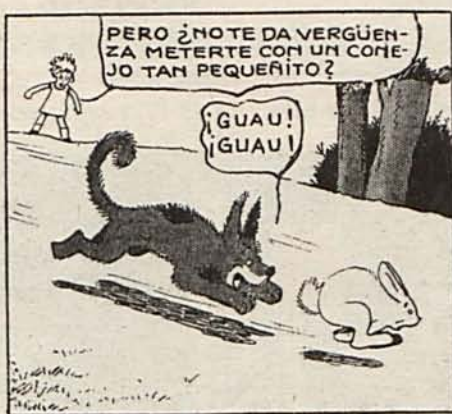
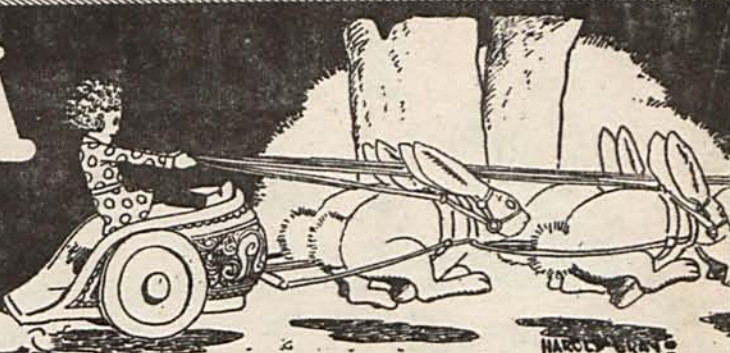
**Guillermo Santos.**—¡Tinta negra!

CUPÓN DE COLABORACIÓN	
El Pinochista D. ....	
calle de .....	
núm. ....	Pueblo .....
	Prov. ....
envia un (1) .....	
para que se publique cuando sea posible.	
(1) Indíquese lo que sea: dibujo, historieta, chiste, cuento.	



# ANITA

## BUEN-CORAZON







# SECCIÓN PIRULA

## PIRULA, BORDADORA

*Águila imperial.*  
Os voy a contar una historia que dicen que sucedió de verdad en un pueblecito de Hungría.

Un atrevido cazador encontró un día, en lo alto de un monte, un nido de águilas; las dueñas del nido estaban ausentes, y allí sólo había un aguilucho: su hijo.

El cazador lo cogió, bajó al pueblo y metió su presa en una jaula, sin duda para que sirviera de distracción a su hijito: un niño precioso de pocos meses.

Poco después la esposa del cazador tendía en la hierba, delante de la casa, la ropa que acababa de lavar, y el nene, gorjeando alegremente al sol, reía y manoteaba viendo los movimientos furiosos del

aguilucho en su jaula; cuando de pronto, algo como una nubecilla negra bajó del cielo: era el águila, madre del aguilucho; había visto al cazador cuando se llevó a su hijo; le había seguido, y ahora venía a reclamar al aguilucho... o a vengarse de su raptador. ¿Cómo? De una manera tan sencilla como terrible: aprovechando que la mujer estaba vuelta de espaldas, el águila se cernió sobre la casa y, súbitamente, bajó, agarró al nene por su ropita y volvió a subir.

Al volverse la mujer, vió al águila que ya se elevaba a varios metros, llevándose a la criatura entre sus garras.

¡Figuráos el momento que pasaría la desdichada madre! A sus gritos de angustia acudió el cazador con su escopeta; pero no era posible tirar; hubiera sido exponerse a herir o matar al niño, aun cuando fuese tan certero el tiro que sólo alcanzase al águila; ésta dejaría entonces caer su presa.

Entonces, en aquel trance espan-

toso, la mujer tuvo una inspiración que sólo podía ocurrírsele a una madre: corrió a la jaula, la abrió, sacó al aguilucho y, sin sentir siquiera sus furiosos picotazos y arañazos, le mantuvo con el brazo tendido, enseñándoselo al águila y gritando:

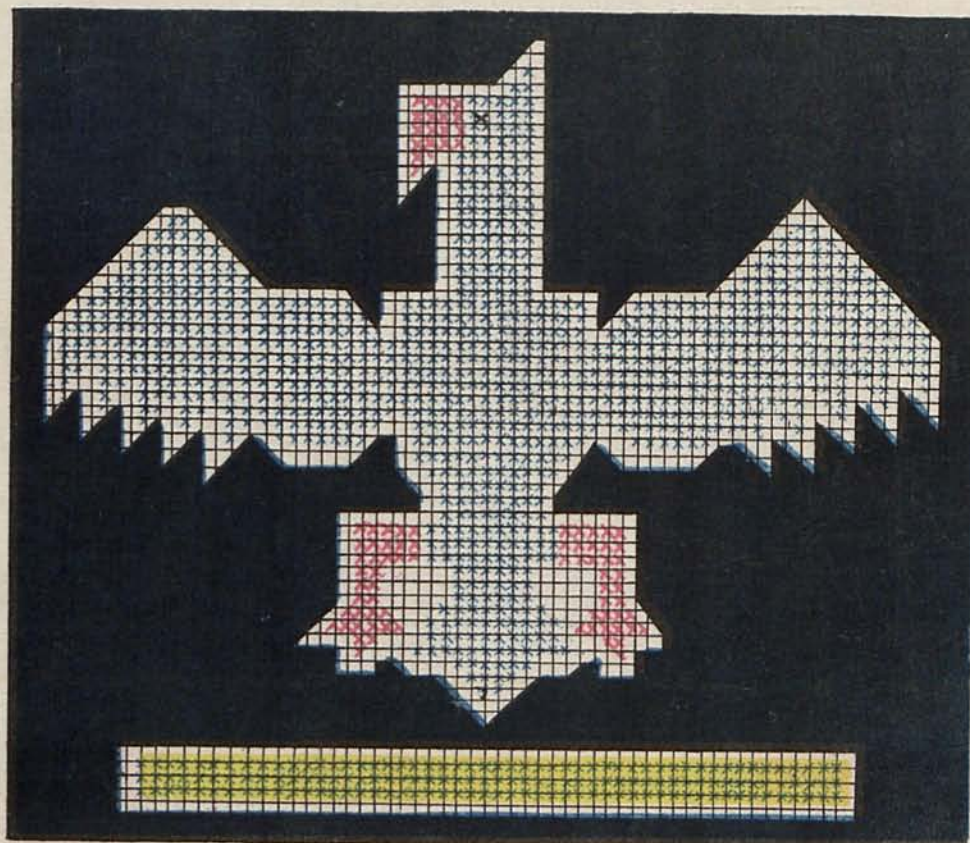
—¡Tu hijo por el mío!...

Y el águila, madre también al fin, comprendió.

Rápidamente volvió a bajar; al llegar cerca de la mujer dejó caer a la criatura, y mientras la madre rodaba desmayada por el suelo, estrechando entre sus brazos a su hijo recuperado, la otra madre y el otro hijo, con

vuelo majestuoso y seguro, ascendían hacia su nido, allá, en lo alto de la montaña.

¿Os ha gustado la historia? La dicen verdadera, y «como me la contaron os la cuento». Para que no se os olvide y podáis a vuestra vez contársela a vuestra familia y a vuestros amigos, os brindo un retrato del águila imperial, que hará muy bonito efecto reproducido a punto de



cruz en vuestros delantales o en los baberos del hermanito.

*Caballete.*—Seguramente, siendo como sois unas pintoras formidables, os gustará tener un caballete original. Este es facilísimo de hacer puesto que se compone solamente de un óvalo de madera, tres pies y dos peanas. En los dos pies de delante se practican, a diversas alturas, varios agujeros, en los que se introducirán los palitos que hayan de soportar vuestras obras de arte.

Y nada más fácil que reproducir en el óvalo la expresiva carota de Chape-te, pues habréis observado que este endemoniado muñeco, todo lo que tiene de malo, lo tiene de útil su figura por las infinitas aplicaciones a que se presta. Una vez que lo hayáis pintado con los colores que tiene el dibujo, y que habrán de ser al óleo, o sea hechos con aceite, cuando esté bien seca la pintura extendéis sobre ella una ligera capa de barniz, y cuando ésta se seque ya podéis utilizarlo.

